

LA CURVATURA DE LA LUZ

Todos tenemos increíbles momentos de auto revelación de los aspectos más luminosos de nosotros mismos- sobre todo por reflejo de quienes nos aman - que son verdaderas epifanías privadas. Quién no ha experimentado momentos inesperados de íntimas conversaciones, al calor de la noche, en familia, con amigos o amigas del alma, que se convierten en oportunidad de sondearse y descubrir riquezas, fecundidades y honduras de la propia alma o de la historia personal, tal como si nos hubiéramos transfigurado, todo a causa de indagarse en un espacio de profundo afecto.

Lo mismo ocurre en el plano colectivo, cuando la sintonía de horizonte y voluntades produce enormes esfuerzos colectivos, con significativos logros como fue el enfrentamiento de la pandemia, la lucha por el voto femenino en el pasado, o por los derechos civiles de la población afrodescendiente en el EEUU y tanto otros en el pasado y hoy, que dejan en evidencia nuestras mejores virtudes en común.

Individual y colectivamente vivimos momentos en que una poderosa luz nos encuentra y curva su trayectoria para revelar los aspectos más definitivos de nuestra identidad.

El evangelio de este domingo nos relata el críptico pasaje de la Transfiguración, en el que Jesús, acompañado por Pedro, Santiago y Juan, sube a una alta montaña, donde sus discípulos viven una estremecedora experiencia: observan una imagen translucida de Jesús hablando con Moisés y Elías y escuchan una voz que reconoce a Jesús como el hijo amado y los invita a escucharlo. Ellos se sienten profundamente perturbados, como habiendo sido sacados del guion normal de su vida y llevados a una dimensión inédita.

Las altas montañas son literal y simbólicamente el punto de encuentro entre el cielo y la tierra, el lugar donde se tienen experiencias místicas, vale decir, experiencias de máxima unión con lo sagrado. Pedro, Santiago y Juan, en la alta montaña, pudieron adentrarse en la gloria celeste de la identidad de Jesús. La presencia de Moisés hace referencia al nacimiento del pueblo de Dios, señalando el origen de la relación colectiva con Dios. Al mismo tiempo, el Libro de Malaquías prevé que Elías regresará el Día del Juicio, por ello es esperado cada pascua en los hogares judíos, reservándole un asiento especial. Entre este principio y fin, se encuentra Jesús, como puente que sostiene la totalidad del espacio y del tiempo, la totalidad del ser, la clave del universo y la historia.

La buena noticia de la transfiguración nos anuncia que ni el universo, ni la historia y mucho menos nuestra vida personal, están entregados a la arbitrariedad del acaso, ni a la majestad de fuerzas ignotas carentes de dirección. “A Él lo buscamos y en Él nos movemos, pero, para alcanzarle, es preciso prolongar todas las cosas hasta el límite de su naturaleza y de su desarrollo. La evolución es la manifestación de la creación en nuestra experiencia, condicionada por el espacio-tiempo. Una luz que esclarece todos los hechos, una curvatura que debe abrazar todos los trazos, eso es la evolución” (Teilhard de Chardin).

Estamos invitadas e invitados por la transfiguración de Jesús a vivir confiando en la fuerza creadora que nos llama a llegar hasta el límite de nuestra naturaleza y desarrollo; a confiar en la luz que todo lo va aclarando, y en el abrazo generativo de su curvatura, que envuelve todos los trazos de nuestra vida y de nuestra historia, que nos da una libertad iluminada, y llena de sentido, tanto nuestras bajadas al infierno, como nuestras subidas a la alta montaña. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 6 de agosto 2023